

## HASTINGS

Maldigo a esos farsantes que hablan bien del dolor  
y aseguran la gloria a los que sufren.

Atroz es la palabra de lo que aquí ocurrió  
y quien disculpe el daño o lo sublime  
con ponzoñosa caridad  
merccc el gotear perpetuo del desprecio.

Nadie dice: Belleza hay en los montes  
si están tintos de sangre.

Nadie dice: La mar está tranquila  
si le llegó la sangre por arroyos.

Y recordar al rey Guillermo, ufano,  
cenando bestialmente tras la lucha,  
presentes los cadáveres del derrotado ejército  
enemigo, con Harold a sus pies  
atravesado el ojo por la flecha normanda,  
mueve las náuseas a quien no haya nacido  
del vientre de una loba.

Mas sin embargo algunos encuentran que su hazaña  
añadió prez y pompa a su sangriento triunfo  
y se templó el espíritu de una raza más fuerte  
bajo el sublime gesto de pisar los despojos  
de las huestes vencidas.

Y por esto sin duda construyeron los monjes  
en mil sesenta y seis una hermosa abadía  
sobre la manifiesta atrocidad del hecho:  
Para cantar la fama providente  
De haber dejado múltiples carroñas a los buitres.

Y por esto quizás aseguran algunos  
que en las noches de estío se celebran plegarias  
a las que bajan ángeles —seres puros de espíritu  
como es sabido y obvio— para cantar un himno  
que celebre, en inglés, la ganancia del cielo  
a que tienen derecho los que mueren en gracia.

PEDRO J. DE LA PEÑA